

ENSEÑAR Y EDUCAR: UN RETO ILUSIONANTE por Pablo Acosta Robles

El “dictador”.

Era la cuarta vez que mi compañero de pupitre bostezaba y tuve que taparme la boca para ocultar mi propio bostezo. Mientras tanto mi mano derecha seguía avanzando sobre el papel escribiendo los apuntes que dictaba don Horacio, mi profesor de Historia. Escribía mecánicamente, sin darme cuenta del significado de las palabras, como si volaran directamente de la boca del profesor hasta mi bolígrafo, sin pasar por mi cerebro. Don Horacio dictaba los apuntes despacio y yo escribía con buena letra; después, ya en casa, destacaba los títulos, subrayaba las palabras-clave y mis apuntes se convertían en la envidia de mis compañeros de Bachillerato. No me los pedía nadie porque todos teníamos los mismos apuntes, idénticos hasta en los puntos y las comas. Tampoco había llegado todavía la era de la fotocopiadora: lo de fotocopiar los apuntes del compañero llegaría en mis años universitarios. Además, en la Universidad no se dictaba; los profesores explicaban y cada alumno anotaba lo que creía conveniente. Pero con don Horacio no se “tomaban apuntes” sino que se copiaba lo que él dictaba, así que... ¡A copiar!

¿Ha dicho punto y aparte o punto y seguido? Ojalá sea punto y aparte porque eso significa un pequeño descanso. Entre párrafo y párrafo el profesor solía hacer un breve comentario con palabras de su propia cosecha. Mejor dicho, de una cosecha reciente porque las frases que nos dictaba también eran suyas pero de una cosecha antiquísima como atestiguaba el color amarillento de los folios que nos leía. Estamos copiando las principales características de Al-Andalus. Mi compañero copia y mira su reloj a ver cuánto queda para que suene el timbre. Mi mente, en cambio, se pierde en otras reflexiones, tal vez impropias de mis catorce años. En mi cabeza bullen ideas sobre cómo se puede explicar Al-Andalus de una manera más atractiva visitando algún monumento de esa época, dibujando mapas que muestren el avance de los reinos cristianos, haciendo cuadros comparativos de las sociedades medievales a un lado y otro de la frontera, dramatizando algún episodio histórico, fabricando maquetas... Cualquier cosa menos seguir copiando apuntes.

De aquellas clases me ha quedado una aversión hacia el “dictar apuntes” y es una técnica que uso muy poco desde que soy profesor: puedo dictar dos o tres frases para que quede registrada una idea importante sobre la que previamente hemos trabajado o dicto un párrafo más largo cuando los alumnos están inquietos y cuesta arrancar la clase. El hecho de copiar los serena. Don Horacio lo sabía: nos tenía entretenidos toda la hora copiando sin poder enredar. De esta forma aseguraba el orden y, además, se ahorraba la preparación de las clases ya que sólo tenía que leer sus venerables folios amarillos. Aquello me indignaba.

El lector.

Con don Carlos, el profesor de Ciencias, las cosas funcionaban algo mejor. No perdíamos el tiempo copiando sino que leíamos la información que ya estaba en el libro de texto y podíamos avanzar más rápido. Muy sensato por su parte. A diferencia de don Horacio, mi profesor de Ciencias se encontraba con el problema de que los alumnos

estábamos más libres, nos distraíamos y enredábamos más; el pobre don Carlos se enfadaba con nosotros y lo pasaba mal. Eso es algo que me pasa a mí también: cuando pretendo que la clase sea más dialogada y participativa hay alumnos que se relajan, como pensando que eso que se está hablando no es importante, y tengo que dedicar mucha energía a mantener el orden.

Todos los días leíamos en voz alta y don Carlos intercalaba pequeñas explicaciones a propósito de lo leído. También nos decía lo que teníamos que subrayar, nos sugería que anotásemos tal o cual cosa en el margen, de vez en cuando completaba la información del libro con algún esquema o dibujo en la pizarra pero, en general, la dinámica era muy repetitiva: Fulano leía un párrafo, don Carlos lo repetía con otras palabras; Mengano leía el segundo párrafo y don Carlos lo parafraseaba; Zutano leía y así sucesivamente. Mientras tanto, como tantas otras veces, yo me dedicaba a juzgar al profesor: *¡Hay que ver que lío se está haciendo para explicar la fotosíntesis! ¿Por que no hace un dibujo para aclararlo todo? Vaya... ¡Ya nos pone a leer otra vez el libro! ¡Qué rollo!* Lo de leer el libro de texto en clase nunca me ha parecido atractivo; puede ser necesario sobre todo en los cursos inferiores para fomentar una correcta entonación y una lectura comprensiva, pero como eje de una clase con adolescentes me parece aburrido. El libro de texto pueden leerlo en casa y podemos aprovechar la hora de clase para otras actividades.

El críticón.

Seguramente yo era un adolescente prepotente, mis juicios carecían de la perspectiva suficiente y no tenían en cuenta todas las circunstancias que condicionaban a mis profesores de entonces y que hoy me condicionan a mí: grupos numerosos, temarios interminables, rigidez de horarios y espacios, disparidad de intereses entre compañeros de una misma clase, etc. De todas formas, muchos años después, sigo reiterándome en algunas de mis opiniones de entonces.

De mi profesor de Física, don Francisco, recuerdo que era tremendamente ordenado y cuando terminaba la explicación todo estaba perfectamente claro en la pizarra; todos los profesores usamos la pizarra pero pocas veces planificamos con detalle lo que vamos a escribir o dibujar en ella. De mi profesor de Literatura me llamaba la atención el apasionamiento por los temas que explicaba y que se preparaba las clases a conciencia: todos los días aparecía con una montaña de libros clásicos y de cada libro leía un fragmento que ya traía seleccionado. De don Ignacio, mi profesor de Inglés, tengo muy presente la relación que mantenía con los alumnos fuera de clase: de una manera informal charlaba con nosotros, seguía nuestras bromas pero también intercalaba sus opiniones, nos hablaba de su vida, nos daba consejos... Posiblemente fue uno de los profesores que más me marcó aunque, lamentablemente, sus clases no eran nada del otro mundo. Entre aquellos profesores no encuentro un modelo de docente más o menos completo; todos tenían, todos tenemos, luces y sombras.

Otro caso ilustrativo: don Manuel, mi profesor de Matemáticas. Explicaba muy bien y me ha sido muy útil lo que aprendí con él. Hoy solemos decir que es fundamental tener una buena base en las asignaturas instrumentales. A pesar de explicar bien, don Manuel, no está en mi recuerdo por sus diáfanos explicaciones sino por el miedo que nos metía en el cuerpo. No se oía ni una mosca. Seguramente él estaba orgulloso de la disciplina con que se desarrollaban sus clases pero nosotros hacíamos los deberes y preparábamos los exámenes (todavía no se llamaban controles) por miedo a ser insultados o ridiculizados delante de los demás compañeros. Aprendíamos matemáticas

pero no creo que el fin justifique los medios. No basta con instruir, los profesores debemos ser también educadores y referentes para los alumnos ¿Qué transmite un profesor que desprecia al que suspende, que te ridiculiza cuanto te equivocas o que te grita y te hace llorar cuando te distraes? Decididamente, si queremos ser buenos profesores no nos basta con conocer nuestra materia, ni siquiera saber transmitirla con claridad, también necesitamos habilidades sociales y, sobre todo, transmitir cariño a nuestros alumnos. ¿Cuánto cariño ponía en sus clases don Manuel, mi profesor de Matemáticas? Cero.

El novato.

Yo tenía veintipocos años y vivía en la euforia de haber pasado de la incertidumbre del paro al puesto de trabajo que había soñado. Era un afortunado, lo sigo siendo, por tener un trabajo gratificante, en el que me relaciono con adolescentes y jóvenes abordando con ellos temas muy interesantes, a veces incluso vitales. Afortunado porque el trabajo me permite ser muy creativo y por la libertad para organizar mi tiempo y mi propio ritmo de trabajo.

Había llegado el momento de la verdad. Después de muchos años como alumno, toda mi vida, ahora cambiaba de papel. Después de tanto observar y enjuiciar a mis profesores, llegaba el momento de que otros me observaran y me criticaran a mí. Había sido fácil encontrar los fallos de los demás pero ahora yo tenía que evitar caer en los mismos errores.

En mi primera clase aparecí con una caja de cartón en la que había escrito la palabra “ciencia”. Empecé a sacar objetos diversos: minerales, un microscopio, un póster del Sistema Solar, un frasco con agua, un pliego de herbario, unos huesos, una cinta métrica... Rebosaba ilusión. El alumnado del Instituto se volcó conmigo y yo dedicaba todo mi tiempo a estar con ellos y a preparar las clases. *A partir de las diapositivas que acabamos de ver tenéis que elaborar un esquema comparativo con las funciones de cada órgano del aparato digestivo. Mañana nos veremos en el laboratorio para simular algunos procesos digestivos; traed plastilina para reproducir una vellosidad intestinal. Terminad el trabajo sobre dietas porque lo expondréis la semana que viene.* Siendo alumno me había aburrido tanto que me marqué como prioridad el que las clases fuesen variadas y amenas. Estoy convencido de que si a los alumnos les gustan las clases se interesan por la asignatura y la estudian más. Algo así le pasó a un alumno que estaba repitiendo 3º de BUP y que entregaba en blanco los controles de la mayoría de las asignaturas. Me sorprendió que estudiara mi asignatura y que aprobara. Según él, lo hacía por mí, me había visto trabajar tanto que se sentía mal si no me correspondía. Nunca pensé que la motivación funcionara de esa manera.

No me gustaba verme hablando sólo en clase e intentaba dialogar con los alumnos sobre los temas de la asignatura:

- *Mi madre dice que no podemos dormir con una planta en el dormitorio. ¿Por qué?*
- *Porque las plantas respiran. ¿Estáis de acuerdo? ¿Por dónde respiran?*
- *Yo creo que sí respiran, respiran de noche y hacen la fotosíntesis de día.*
- *Eso no es correcto, ¿acaso tú respiras solamente por la noche?*

Conversaciones parecidas a ésta se producían en mis clases; los alumnos tenían la oportunidad de participar, de expresar sus ideas, de reflexionar sobre ellas y de aprender conceptos nuevos. Se trataba de un diálogo dirigido que podía tener como

punto de partida algún elemento motivador. Por ejemplo, una imagen. *¿Qué os llama la atención en esta diapositiva? ¿Dónde crees que se ha tomado esta foto? Mirad esos entrantes y salientes, ¿cómo se han formado?* Otro día aparecía con un cráneo humano y otro de perro, los comparábamos y hablábamos sobre la evolución humana. Con un puñado de pinzas de la ropa de distintos colores explicaba el código genético y la síntesis de proteínas. Otras veces usaba películas, también problemas, textos, cuestionarios...

Muchos de estos recursos didácticos son comunes a otras a otras asignaturas, pero los profesores de Ciencias Naturales disponemos, además, de dos recursos excepcionales: las prácticas de laboratorio y las salidas al entorno.

- *Hoy vamos a realizar la disección de una egagrópila, una bola regurgitada por una lechuza.*
- *¡Qué asco! ¡Yo eso no lo toco!*
- *Deshaced la bola poco a poco. ¿Qué contiene?*
- *Pelo y muchos huesos diminutos.*
- *Observad los huesecillos. ¿Sabéis que ha comido la lechuza?*
- *Sí, esto parece el cráneo de un ratón. ¿Y esto? ¿Es una costilla?*
- *No, es un fémur. Observad que los ratones tienen los mismos huesos que nosotros.*

Igualmente resultaban muy motivadoras las salidas al patio o a la calle. Unas veces estudiábamos las plantas del parque, otras el río del pueblo, manejábamos mapas topográficos, observábamos aves urbanas o examinábamos rocas ornamentales. En las fachadas de nuestros pueblos y ciudades hay una gran variedad de rocas: granitos, mármoles, calizas, pizarras, serpentinas, calcarenitas, etc. La diversidad de rocas no tiene nada que envidiar a las colecciones de los centros escolares y la superficie de exposición de cada roca es enorme. Podía estar con treinta alumnos, todos contemplando la misma roca, dialogando, opinando, reflexionando y aprendiendo. *¿Qué os llama la atención de esta roca? ¿A qué animales corresponden esos fósiles? ¿Por qué están aquí? ¿Qué nos dicen los fósiles sobre las condiciones de formación de la roca? ¿Y sobre su edad? ¿A qué grupo de rocas pertenece este ejemplar?*

El perfeccionista.

Combinaba muchos recursos para captar la atención del alumno, para motivarlo y para que sintiera aprecio por la Ciencia pero, ¿realmente aprendían? ¿De lo que estudiaron conmigo el año anterior cuánto les había quedado? ¿Retenían sólo para el examen? ¿Memorizaban o comprendían? Mi primera tendencia pedagógica fue hacia el activismo: que el alumno experimente, manipule, dibuje, fabrique modelos... Sin duda era una respuesta al aburrimiento que dominó mi etapa de estudiante. Mi ímpetu activista era coherente con el modelo didáctico de entonces, surgido del conductismo. Desmenuzaba los temas en muchos objetivos “operativos”, es decir, formulados con verbos que implicaban acciones: resumir, enumerar, dibujar, comparar, medir... A continuación, a cada objetivo le hacía corresponder una tarea o actividad de clase. Teóricamente, realizando una tarea determinada se alcanzaba el objetivo correspondiente.

La realidad no era tan sencilla y una nueva corriente psicológica demostró la complejidad de los complejos procesos mentales que influyen en el aprendizaje. En los cursos de profesores se caricaturizaba el modelo tradicional de enseñanza-aprendizaje mostrando una viñeta con la cabeza vacía de un alumno; en ella los profesores vertían la

información y la cabeza se iba llenando. Los constructivistas traían nuevas ideas que yo asumí entusiasmado: partir de problemas para expresar ideas previas, contrastar esas ideas, aprendizaje significativo, zona de desarrollo próximo, secuenciación... Los libros de didáctica, los congresos, los cursillos repetían esas expresiones y la LOGSE las consagró. Los profesores empezamos a evaluar sistemáticamente algo más que los meros conocimientos del alumno y en los boletines de notas aparecían conceptos, procedimientos y actitudes.

¿Qué ha quedado de todo aquello? No tanto como me gustaría, la enseñanza ha quedado impregnada con las aportaciones de la psicopedagogía pero en bastantes casos se trata sólo de un barniz superficial que oculta que se sigue haciendo lo mismo de siempre. A mi alrededor veo mucho desencanto con respecto al constructivismo porque no ofrece una receta fácil y sencilla para que los alumnos aprendan. Aporta muchas ideas a tener en cuenta pero la concreción de esas ideas es trabajo de cada profesor. Si los médicos, por ejemplo, tienen un protocolo de actuación ante cada enfermedad, ¿por qué los profesores no tenemos un método establecido y contrastado para que nuestros alumnos aprendan? ¿Por qué seguimos experimentando, probando y, a veces, dando palos de ciego? Resulta desesperante pero es así.

Como docente he madurado bajo la influencia del constructivismo, pero también me he inspirado en el método socrático, en la Institución Libre de Enseñanza, en la escuela liberadora de Freire, en el movimiento de educación para la paz... Sin embargo, no he encontrado una panacea para mi situación concreta. Cada grupo de alumnos es diferente, las circunstancias varían, la sociedad cambia y hasta el lenguaje cambia. Así pues, la forma de enseñar también tiene que adaptarse y reinventarse continuamente. Rara vez siento una satisfacción plena por cómo he desarrollado una unidad didáctica con mis alumnos. Siempre hay algo que se podría haber mejorado. El año que viene volveré a retocar el orden las unidades didácticas, modificaré algunos contenidos y actividades e, incluso, puede que cambien mis prioridades cuando revise los objetivos. Algunos me dicen: ¿Ya te sabrás la lección de memoria después de tantos años explicándola? Debo parecerles tonto cuando dedico horas a darle vueltas y más vueltas a la clase de mañana.

Diferente y único.

Mi compañera Lola es tremendamente simpática y locuaz, siempre está rodeada de gente que escucha sus bromas, sus anécdotas y sus opiniones frecuentemente divertidas. Con ese estilo suyo capta la atención nada más entrar en clase. Felipe es más seco en el trato diario pero cuando empieza su clase de historia se encuentra en su salsa; se le dan bien los alumnos mayores que quedan encandilados con sus explicaciones cargadas de hechos históricos interesantísimos; para ellos Felipe es un sabio. Mi compañera Cristina no es tan brillante pero controla su clase de una forma genial: no se desmadra nadie, aprovecha el tiempo al máximo y en nuestras reuniones destaca porque es la que más notas e información tiene de cada alumno; les revisa las tareas continuamente con lo cual se asegura de que trabajan a diario y aprenden. Constató que hay profesores con notable éxito a pesar de tener estilos muy diferentes. Cada profesor, en cuanto persona única, tiene su propia forma de ser que determina su forma de enseñar. El sistema que a uno le va bien a otro no le sirve de nada porque no encaja con su estilo, y si lo aplica resulta antinatural y forzado.

¿Cuál es mi estilo educativo? No tengo la simpatía de Lola, ni la sabiduría de Felipe ni controlo tan bien como lo hace Cristina; creo que mi principal característica es

la variedad y la amenidad. Me gusta proyectar fotografías, sacar a los alumnos de clase, que manejen el ordenador, que realicen maquetas con cartón o modelos moleculares con plastilina. El laboratorio me da mucho trabajo pero es muy gratificante ver a los alumnos entusiasmados manejando microscopios, balanzas y probetas. Es difícil mezclar todos esos ingredientes en las dosis adecuadas a la vez que desarrollo el temario oficial, pero lo vivo como un reto ilusionante.

Con tanto salir de clase, dialogar, ver presentaciones, mirar en Internet y hacer trabajitos estamos un poco perdidos. ¿Me quiere usted decir qué es lo que entra en el examen, por favor? Y dígame también por dónde me lo estudio. Con don Carlos, mi profesor de Ciencias, no existía ese problema: el libro de texto y la asignatura eran una misma cosa y la mayor parte de la clase transcurría leyendo el libro. Yo nunca me he sentido cómodo con los libros de texto, siempre ando quitando, poniendo y volviendo locos a mis alumnos. El libro de texto me limita, me siento atrapado por lo que otros han pensando y diseñado. Reconozco que el alumno necesita tener la información bien escrita para luego poder estudiar ¿Podría yo dictar mis apuntes como hacía don Horacio con los suyos? Creo que eso es peor todavía y he optado por elaborar mis propios materiales que distribuyo fotocopiados. En ellos aparece la información que a mí me parece más importante y evito que el alumno se pierda en detalles innecesarios. Me parece más interesante concentrarnos en conceptos básicos, razonarlos y aplicarlos en problemas y cuestiones prácticas. Soy partidario de un aprendizaje más comprensivo que memorístico y por eso los textos que ofrezco a mis alumnos no son exhaustivos. En ellos suelo incluir la definición precisa de los objetivos, de manera que éstos guíen el trabajo del alumno y le sirvan para preparar las pruebas escritas. A diferencia de los libros de texto convencionales, no coloco negritas ni muchos apartados y subapartados en mis materiales; de esta forma podemos extraer las ideas principales, subrayar y esquematizar, que son habilidades importantes que debo enseñar.

Tengo mucho que mejorar pero me preocupan, sobre todo, dos aspectos. El primero es aumentar el trabajo en equipo dentro del aula; lo he intentando pero consume tanto tiempo que no me da tiempo a desarrollar todas las unidades didácticas. El segundo aspecto es la atención a los alumnos con dificultades; cada vez tengo más variedad dentro de la clase y no me parece justo hacer con todos lo mismo, pero tampoco me parece bien el método de ofrecer fichas o tareas diferentes para cada subgrupo porque se pierde el diálogo grupal y la clase se vuelve aburrida.

El eterno aprendiz.

La tarea de enseñar es muy compleja. Lo supe desde el principio. Era verano y en pocas semanas iba a ocupar mi primer trabajo como profesor en un instituto de la costa malagueña. Sabía que mi formación era insuficiente. En mi licenciatura no se impartía ni una hora dedicada a la didáctica. El tribunal de oposiciones sólo pudo valorar si eran suficientes mis conocimientos de ciencias y si mi expresión oral era aceptable. No se evaluaba la formación pedagógica y yo no estaba preparado. Así que anoté en un papel todo lo que consideraba que debía dominar el profesor ideal: programación didáctica, evaluación, psicología de la adolescencia, dinámicas de grupo... Además, en mi caso personal, tenía que profundizar en técnicas de laboratorio y en varias ramas de la Biología que no dominaba. Hice una relación larguísima que aún conservo. Tendría que trabajar mucho y necesitaría varios años para alcanzar el nivel de competencia que deseaba.

Ahora repaso aquella relación como quien revisa la lista de la compra para ver si olvida comprar algún artículo importante; tacho los objetivos superados, que son bastantes, y me detengo a pensar en unos cuantos objetivos que me propuse y que aún no he alcanzado. Y eso no es lo peor. Lo más terrible es que a lo largo de los años la lista no ha parado de crecer y he seguido añadiendo más conocimientos y habilidades para mi profesor ideal. Salí de la universidad como licenciado en geología pero ya no me reconozco en aquel geólogo que fui: mi trabajo se he movido por terrenos tan dispares como la botánica, la sexualidad, la ornitología, las relaciones Norte-Sur, la astronomía, la prevención de drogodependencias, la meteorología, el paisaje, las habilidades sociales, la entomología, la crisis energética y el cambio climático, el autoconcepto y los estilos atribucionales, la asertividad, la resolución de conflictos...

A la lista original tuve que añadir dos áreas de conocimiento a las que he dedicado mucha energía en los últimos años. En primer lugar, he tenido que estudiar mucha informática. Si los ordenadores e Internet están presentes en nuestra vida diaria también deben estarlos en las aulas. La elaboración de presentaciones, la edición de páginas web, las búsquedas en Internet y los recursos interactivos están muy presentes en mis clases. Son habilidades que nunca imaginé que necesitaría en mi trabajo diario y que, por supuesto, no estaban en mi lista original. En segundo lugar, he tenido que actualizar mis conocimientos de inglés para poder impartir mi asignatura parcialmente en lengua inglesa. Todavía son pocos los centros bilingües pero su número aumenta rápidamente. ¿Quién me iba a decir que me dirigiría a mis alumnos en inglés en un centro público ubicado en un pueblecito serrano al que apenas llegan turistas? Cosas mayores tendremos que ver y los docentes tendremos que estar al quite. Mi tan manoseada lista sigue creciendo y el profesor ideal es cada vez más difícil de alcanzar.

El educador.

La clase me sabía a poco. Como educador era muy ambicioso, no me conformaba con que mis alumnos aprendieran Ciencias Naturales, quería transmitir algo más. Me preocupaba la formación íntegra del alumno y pensaba en la escuela como un instrumento de transformación social. Soñaba con alumnos comprometidos en favor del cambio social y la justicia. Hoy esto me suena pretencioso pero es verdad que lo sentía así.

Y surgió el grupo de los viernes. Me reunía con quince o veinte adolescentes los viernes por la tarde. En las primeras reuniones jugábamos mucho y lo pasábamos bien; los juegos de roles nos servían para aprender habilidades sociales y las dinámicas de grupo nos ayudaban en el conocimiento propio y en el de los compañeros. Poco a poco crecía la confianza y la comunicación se hacía más profunda. Realizábamos excursiones y acampadas; el roce continuo hacía que el grupo madurara y se planteara nuevos retos asumiendo tareas de voluntariado social. Aquello duró una década y sigo recordándolo como de lo mejor que he vivido como docente.

Buena parte de lo que aprendí con el grupo de los viernes me ha servido para aplicarlo en mis clases y en la tutorías lectivas aunque añoro aquella comunicación más profunda. Siento que mi labor como docente cojea si no consigo transmitir valores básicos como compañerismo, sinceridad, libertad, solidaridad... ¿Qué puedo hacer para transmitir esos valores? Me siento torpe transmitiéndolos de forma oral. Me encantaría ser como don Ignacio que, con su gran habilidad para la comunicación, nos enseñó mucho en aquellas conversaciones informales durante los recreos. Algunos de mis compañeros actuales también lo hacen perfectamente pero en mí resulta forzado. Me

dicen que los valores se transmiten con el ejemplo pero no creo que eso sea tan automático: reconocemos y admiramos los comportamientos ejemplares pero no los adoptamos fácilmente. Pienso que los valores hay que trabajarlos de forma explícita, planificando actividades como las del grupo de los viernes. Parte se puede desarrollar en la hora semanal de tutoría lectiva pero no es suficiente porque esa hora tiene otros contenidos, por ejemplo la orientación académica, y sólo unas pocas sesiones se emplean para actividades de “crecimiento personal”. Además, el contexto de aula y el hecho de que el grupo-clase sea numeroso dificultan una comunicación profunda.

Creo que lo ideal es completar la formación en valores de los adolescentes desde la educación no formal, ya sea en los centros escolares en horario extraescolar, ya sea en grupos scout, asociaciones juveniles como Cruz Roja, centros cívicos de barrio, ONGs, etc. Si muchos alumnos de secundaria asisten por las tardes a clases de informática, de inglés, de música o practican deporte, ¿no podrían acudir a uno de estos grupos de tiempo libre y educación en valores?

El animador.

Los que acuden a grupos juveniles son los que menos lo necesita. Con el grupo de los viernes sólo llegabas a un puñado de alumnos del Instituto. Mucho esfuerzo para unos pocos. ¿Qué pasa con el resto? Críticas y comentarios como estos he escuchado a lo largo de los años. Estoy convencido del enorme potencial educativo de los grupos juveniles pero no es una opción excluyente. Si queremos que la educación en valores llegue a toda la población adolescente también hay que trabajarla en el centro educativo en horario escolar pero... ¿cómo y a qué hora?

La LOGSE estableció que la educación en valores se haría de una forma transversal, es decir todos los profesores en todas las asignaturas debíamos educar para la igualdad entre sexos, la democracia, la solidaridad, los derechos humanos, el respeto al medio ambiente, la adquisición de hábitos saludables, etc. En muchos centros esto no se ha conseguido; pienso que por falta de coordinación. La educación no es eficaz si en un aula de secundaria entran diez profesores transmitiendo mensajes diferentes y, a veces contradictorios. Personalmente siento una impotencia frustrante. Puedo instruir a mis alumnos y que dominen los conceptos básicos de mi asignatura pero fracaso en lo más importante, en la verdadera educación. Don Francisco, mi profesor de Física, el genio de la pizarra, me enseñó que la suma de muchos vectores puede ser cero si tienen distintas orientaciones y, con frecuencia, tengo la sensación de ser uno de esos vectores inútiles.

Nuestros alumnos pasan mucho tiempo en el Instituto, al menos seis horas y media cada día, y es evidente que eso influye en su educación. Sin embargo, frecuentemente, la acción directa del profesorado no influye tanto como el ambiente general que se crea en el centro: el tipo de relaciones entre alumnos y profesores, los comportamientos en las aulas y en los patios, los conflictos y la manera de resolverlos, la participación y la distribución del poder, las costumbres y las normas, a veces no escritas, el uso que se hace del tiempo y los espacios... El clima del centro forma parte de un curriculum oculto que tenemos que desvelar e intentar mejorar con medidas concretas. Sueño con centros donde se favorezca la convivencia y el encuentro, donde las relaciones sean cordiales, donde la comunicación y la participación sean intensas, donde se disfrute con la cultura y se fomente el compromiso social.

Tardé años en darme cuenta de que tenía que superar la focalización por mi clase, mis alumnos y mi asignatura, para dirigir mi atención al centro educativo en su conjunto. De esta forma me implicué en la revista escolar, la promoción de una asociación juvenil, semanas culturales, actividades lúdicas, concursos de limpieza y decoración, campañas de reciclaje, colectas solidarias, colaboración con diversas ONGs, campeonatos deportivos, actuaciones musicales, etc.

En esa línea de incidir en el clima de centro, he aceptado diversas funciones de coordinación pero no he conseguido influir como yo deseaba. ¿Por qué? Transcurrido un tiempo, contemplo, con más perspectiva, lo que me ha pasado: he trabajado mucho pero no lo he hecho desde un equipo. Mis iniciativas eran respetadas pero no asumidas porque no surgían del diálogo y del consenso. Reconozco mi individualismo en el trabajo. Tengo que aprender a trabajar en grupo y a coordinar al profesorado dejando espacio a la autonomía y la creatividad de todos, equilibrando el trabajo individual y el colectivo, buscando resultados concretos pero cuidando las relaciones en el seno del grupo, animando y exigiendo... Con estas premisas, volveré a intentarlo.

Estoy convencido de que la verdadera educación no se limita al aula y que ha de dirigirse al clima del centro. Se necesitan actuaciones desde el equipo de profesores, no basta con la suma de muchas acciones individuales. No puedo renunciar a la educación en valores que es mi principal móvil, no me conformo con una educación a medias, quiero que seamos eficaces, quiero ver cambios en mis alumnos y ver cómo maduran a lo largo de los años que pasan en el Instituto. No busco protagonismos, ni cargos, ni reconocimientos, aspiro a ser un animador más del centro. Animación, bonita palabra que significa dar aliento, poner el alma...

La clase de hoy.

Anoche estuve hasta tarde preparando la clase. Terminé una presentación sobre recursos energéticos, después elaboré un cuestionario sobre biocombustibles y lo colgué en Internet junto a varias direcciones sobre el tema, tanto a favor como en contra.

Pensaba que era una buena clase: un poco de explicación mía, un trabajo de investigación por parte de los alumnos, puesta en común, uso de diversos recursos... Pero la cosa no estaba saliendo como había imaginado. Yo iba muy rápido, más pendiente del reloj y del guión de la clase que de los alumnos. El dichoso guión de clase y los dichosos temarios que tanto me encorsetan. Las caras de los alumnos, que son como un termómetro, me decían que el ambiente era frío, demasiado formal. Algo estaba fallando.

Entonces he hecho una tontería, no me acuerdo bien, un gesto un poco teatral o un chiste tonto, de esos que fuera de contexto no tienen ninguna gracia. Pero ellos sí se han reído y han estirado la broma con sus ocurrencias. Un minuto de risa contagiosa que nos ha unido y que me ha hecho cómplice de mis alumnos.

La segunda parte de la clase ha sido diferente. Mi actitud ha sido distinta: he dejado de mirar tanto a la pizarra y a la pantalla y les he mirado más a ellos, he prescindido un poco del guión y he dejado que se expresen con espontaneidad. Todos tenían algo que decir sobre los biocombustibles. También han escuchado con interés el resumen final que yo he hecho, con mucho más interés del que se podía esperar sólo unos minutos antes cuando todavía no habíamos sintonizado.

La clase cambió cuando puse en segundo lugar a la asignatura, un ente abstracto que me absorbe muchas horas pensando en metodologías, inventando actividades y diseñando materiales propios. Todo cambió cuando puse en primer lugar a mis alumnos, personas concretas a las que aprecio de verdad.

NOTAS:

- 1.Las personas a las que se alude en el texto son reales pero los nombres y las asignaturas han sido modificados deliberadamente.
- 2.Este texto se presentó a los Premios Santillana 2008, en la sección Memoria del Profesorado.